

Enrique Labrador Ruiz

Luis Felipe Rodríguez

(1888-1947)



E oído decir que por la calle del “ya voy” se llega siempre a la casa del “nunca”. ¡Qué gran verdad! y mucho más cuando se refiere a la literatura y sus problemas, círculo vicioso. De decir “ya voy” a los llamados de la vocación es que casi nadie ha hecho en Cuba una obra total ni medianamente cercana a la perfección. Con sus puertas entornadas, invitando a echar la siesta, la casa del “nunca” ofrece más de una tentación. Y no se puede... no se puede.

Algunos han dicho con su voz menos tímida que no son éstas tierras de escritores o que estas tierras ni siquiera los merecen en razón de elementales razones. Otros exclaman, visto que el tiempo se les echa encima: “Si uno pudiera encerrarse un mes...” Absurdo por las dos bandas. El escritor no se da como la caña o los frutos menores en los cuales o tales sitios predestinados; tampoco es cuestión de *merecer*, de *ser merecidos*. En cuanto a un mes, a dos o tres meses de encierro, creo que bien poco dice. No se trata de fabricar una soledad y con ella la columna de nuestro impulso.

Toda obra se ha ido haciendo casi siempre a pedazos; se ha ido rumiando, forrada de tedio, con los documentos de la mezquindad

ambiente por soporte y el área cotidiana de la angustia por alimento. El tiempo material es lo de menos.

No hablo sino de corridas y no deseo remover la vieja disputa en torno a la futilidad del cubano, disputa en la cual sale la fe en la lucha muy debilitada. Pienso, en cambio, en Luis Felipe Rodríguez, ese infatigable trabajador a quien algunos tunantes llamaban papanatas, en quien yo mismo no acerté a ver toda su grandeza sino cuando ya no podía decírselo. Y de habérselo dicho ¿me hubiera creído? No sé; pero debemos ahora estarle todos muy agradecidos por la perfecta lección de honestidad que nos dió. Su vida fué enteramente para sus libros y no se permitió la menor ligereza a ese respecto. Cuando todos estaban a situarse "antes y mejor" él seguía vagabundeando en torno a su quehacer, el cual no era otro que el de mirar y oír a las gentes.

Nos hemos reído de su extraña pinta en sus barbas; nos hemos reído de sus endiablados monólogos, que era su atmósfera patrimonial; nos hemos reído de sus invenciones amorosas, de sus gustos aldeanos, etcétera, etcétera, pero lo que no admitía risa eran sus ensimismamientos, sus silencios germinales, esa zona negra de suspensión en la cual fructifica, para gloria póstuma e ingrata, una flor extraña que algunos llaman arte.

Le hizo mucho daño a Luis Felipe su aspecto de estar siempre equivocado, cuando tantas veces la razón estuvo de su parte; le hizo muchísimo daño su tartamudez, su misogenismo, el ser un creador sacrificado. El valía más que cualquier político (seguramente más que el mejor político de su hora); valía más que cualquier profesor de aquellos que le dejaban con la palabra en la boca y le daban la espalda. Su temple era magnífico: cuando esto ocurría seguía hablando en silencio, a dentelladas y mordiscos invisibles, para dejar ventilado el sesgo de mala educación pública reinante en el país y para que los señores de este tratamiento grosero supieran que los buenos modales también se usan.

Estoy descargando mi conciencia. Pues Luis Felipe subía has-

ta la cresta de la tolerancia para aguantarnos a todos chistes horrendos, cuchufletas, vulgaridades, sabiendo muy bien cuán por encima de todos nosotros estaba; y he aquí una forma de la cortesía y de la amabilidad incomprensible para los pelafustanes. Luis Felipe tuvo siempre horas amargas, surgidas de la tenaz incomprensión hacia las cosas desinteresadas, y estas horas amargas lo fueron doblemente ya que muchos preguntaban (porque parece que nadie se conforma a pensar que el desinterés... sea tan falto de interés) "¿Qué anda buscando?". "¿Cuál es su juego?"

No anduvo buscando; hizo su trabajo cotidiano de merodear por ahí y escribir más tarde lo que tenía que ser escrito; hizo su buena labor de mirón de nubes y atardeceres y suscribió el papeleo temporal de cada día con un atisbo y una castidad para mañana. Su juego era tan simple como el de un niño. ¿Qué necesidad hubiera tenido de encerrarse un mes? Y de haberlo hecho ¿qué hubiera logrado de no haber tenido sus trampas muy cebadas de muy atrás?

* * *

El equívoco de su vida a veces cubre un poco su obra. ¡Y cuántos juicios encontrados no ha merecido!

A veces me pongo a mirar sus libros viejos, el *Cómo opinaba Damián Paredes*, por ejemplo, y encuentro en él, no al satírico que quieren algunos apresurados de dar marbete a lo que ignoran, sino al notorio tranquilo de sus tierras orientales, al hombre que fué atrapando día a día pedazos del hombre común del oriente de Cuba. Ese criollo que era siempre Luis Felipe Rodríguez, cazurro un tanto, tenía gran interés que no se le escapase el criollo total, mezcla de vanidoso e inocentón, que él sabía por dónde, y cómo, andaba. Lo fijó con buenos trazos, y el que viera en eso sátira, vió poco y mal.

Después *La Copa Vacía*, *La Conjura de la Ciénaga*, novelas también en busca de una totalidad cubana, novelas no irónicas, no

sonrientes como ha creído el más trivial de los títeres de la maroma literaria; novelas ácidas aunque ordenadamente "garra escondida", como toda obra en fin de querilante, de queredor sin logro, la obra del querer y no poder, del querencioso y del aquerenciado. Su campesino rumia mucha desazón, devana incomodidad, se atraganta de disgustos, no encuentra las fórmulas para salir adelante. Si es chistoso, si maneja eso que se conoce como el "relajito criollo", será porque no le queda más remedio, en un ambiente donde, hasta la muerte, es "tirada a relajo".

Hay un libro de cuentos de Luis Felipe Rodríguez, *La Pascua de la Tierra Natal*, donde siempre creo oír el eco de una trompeta desolada, una música colérica que debo haber percibido de muy chico en mis tierras de cañaverales infinitos. Y, contradicción exacta, hallo en *Marcos Antilla*, otro libro de cuentos, que es un grito contra la explotación de los hombres en los campos cañeros, un dejo de Nochebuena con vino pelión y viandas de la tierra. Me imagino que estas extravasiones vienen directamente del alma del autor, del hombre que supo mirar con sencillez y profundidad los múltiples matices de un cierto tipo de hombre.

En la tarea de perfilar para la literatura el alma de Cuba, él tiene sin disputa su puesto al sol.

Habana, diciembre, 1952.